

Texto- I Pedro 2:5, 9

Título- La Reforma y el sacerdocio de los creyentes

Proposición- Dios nos ha hecho Sus sacerdotes para que tengamos acceso a Él y le sirvamos.

Intro- Hay muchos nombres y muchas descripciones usadas para el cristiano en las páginas de la Biblia. Somos hijos de Dios, creyentes, redimidos, santos. Pero ¿sabes que, bíblicamente, también podemos llamarnos sacerdotes? Yo sé que esto puede parecer raro, porque vivimos en una cultura cuando la palabra sacerdote trae a la mente otra idea- un hombre en una vestimenta especial que celebra la misa o recibe la confesión de los pecados. Desafortunadamente hoy en día, la palabra también puede traer a la mente varios tipos de abusos que han sido descubiertos en la iglesia católica romana en los últimos años.

Pero es la verdad de que la Biblia enseña que todos los cristianos, todos los hijos de Dios, son sacerdotes. Apenas lo leímos en dos versículos en nuestro pasaje de hoy- en I Pedro 2:5 habla de nosotros como un sacerdocio santo, y en el versículo 9 como un real sacerdocio. Y, basado en este pasaje, en el tiempo de la Reforma, una de las verdades bíblicas que fue redescubierta era el sacerdocio de los creyentes- que todos los creyentes, no solamente unos pocos hombres especialmente elegidos en la iglesia, son sacerdotes.

Recordemos que el tiempo de la Reforma Protestante era un tiempo de regresar a la Biblia- un tiempo de examinar todo a la luz de la Biblia, incluyendo las enseñanzas y las tradiciones de la iglesia a través de los siglos. Y si algo no estaba de acuerdo con la Palabra, fue rechazado y los reformadores empezaron a enseñar lo que la Biblia enseña.

Esto es lo que pasó en cuanto al tema del sacerdocio. Sabemos que, en la iglesia católica romana, hay sacerdotes- hombres que reclaman una posición especial ante Dios, que tienen, según lo que dicen, el poder para convertir los elementos de la misa en el cuerpo y la sangre de Cristo, que pueden recibir la confesión y dar absolución de los pecados por medio de la asignación de ciertas obras y oraciones. Son hombres por los cuales el hombre o la mujer “normal” tiene que pasar para tener acceso con Dios, para acercarse a Dios, para recibir el perdón de Dios. Esta era la creencia de la iglesia católica romana en el tiempo de la Reforma, y es el mismo problema hoy en día en nuestro país.

El problema, ante todo, es que la iglesia católica romana dice que el sacerdote tiene poder sagrado para actuar en la persona de Cristo- es decir, es el sacerdote que representa a Cristo al pueblo, es el sacerdote que provee el acceso a Cristo por el pueblo.

Los reformadores rechazaron rotundamente esta enseñanza, diciendo que la Biblia enseña que cada creyente es un sacerdote, que cada creyente tiene el mismo acceso a Dios, que no existe ninguna diferencia bíblica entre el acceso a Dios que tiene un líder espiritual, y lo que tiene cualquier otro creyente. Ellos enseñaron que cada cristiano tiene acceso directo a Dios por medio de Jesucristo, y que no hay ninguna necesidad de un mediador humano.

Leemos que “Martín Lutero desafió el énfasis de la iglesia católica romana en el rol especial de los sacerdotes católicos. Lutero insistió que cada creyente era un sacerdote con acceso directo a Dios. No

abogó por la eliminación del papel de los pastores, mas sin embargo creía que toda persona, no solo los pastores, tenía una función sacerdotal.” Lutero dijo que “todos nosotros quienes somos cristianos, somos sacerdotes”, y que ningún creyente tiene más acceso al Creador que cualquier otro.

Nuestro pasaje aquí en I Pedro 2 es muy claro en cuanto a este tema- porque en ningún lugar en la Biblia, después de la dispensación del Antiguo Testamento, después de la muerte y resurrección de Cristo, vemos una clase especial de sacerdotes, o personas con más acceso directo a Dios que otros. Pero en I Pedro leemos claramente que somos un sacerdocio santo, un real sacerdocio. La iglesia de Cristo es una iglesia de sacerdotes.

Es lo que vemos profetizado en Éxodo 19:6, cuando Dios dijo, “ustedes me serán un reino de sacerdotes, y gente santa.” Aunque esto fue dicho a los israelitas, sabemos que es una profecía que solamente podía haber sido cumplida en nosotros, la iglesia- porque no cada israelita podía ser un sacerdote- de hecho, conforme a la ley de Dios, solamente los levitas podían. Pero ahora es diferente- ahora, en la iglesia, somos todos un sacerdocio santo- Dios nos ha hecho reyes y sacerdotes, conforme a Apocalipsis 1:6 y 5:10.

Entonces, necesitamos aprender lo que esto significa- necesitamos aprender lo que la Biblia quiere decir cuando nos describe como sacerdotes, como un sacerdocio santo. Necesitamos aprender lo que significa el sacerdocio de los creyentes.

Obviamente, tenemos que pensar mucho en el Antiguo Testamento, si vamos a entender esta verdad. Porque, aunque el sacerdocio del Antiguo Testamento ya no es vigente, puesto que Cristo vino y cumplió todo lo que simbolizó, e hizo la obra de un perfecto sumo sacerdote, de todos modos un entendimiento de la obra de los sacerdotes en el Antiguo Testamento nos va a ayudar a entender lo que significa que nosotros somos sacerdotes. Es decir, en nuestras responsabilidades como sacerdotes en el nuevo pacto, en el Nuevo Testamento, podemos ver muchas semejanzas con el simbolismo del sacerdocio del Antiguo Testamento.

Y ante todo, es importante reconocer que nosotros, como creyentes, solamente podemos reclamar ser sacerdotes, porque tenemos un gran y perfecto sumo sacerdote, que es Cristo Jesús. En este pasaje en I Pedro 2 vemos que toda esta doctrina está basada en Cristo, la piedra viva y escogida y preciosa, la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa. Somos sacerdotes solamente porque Cristo es el perfecto sumo sacerdote- todo lo que hacemos, hacemos debido a lo que Él ha hecho, o lo que sigue haciendo en y a través de nosotros.

Necesitamos aprender, hermanos, que somos sacerdotes de Dios- que Él nos ha hecho Sus sacerdotes para que tengamos acceso a Él y para que le sirvamos.

I. Somos sacerdotes en cuanto a cómo hemos sido consagrados y preparados

En el Antiguo Testamento, los hombres que iban a ser sacerdotes tenían que ser consagrados y preparados. Hay mucho que se podría decir en cuanto al tema, pero quiero que pensemos en algunas cosas básicas. Vamos a leer algunos versículos en Levítico 8 [LEER vs. 6-12, 22-24]. Fíjense, no era solo que solamente algunos hombres de solamente la tribu de Levi podrían ser sacerdotes, sino también estos no podrían hacer la obra sin estar preparados de manera especial. Aquí lo vemos con Aaron, el primer sumo sacerdote, y después con sus hijos. Fueron lavados con agua, vestidos de manera especial, y después

consagrados con el aceite de la unción y con la sangre del sacrificio. Los sacerdotes fueron apartados y preparados y consagrados antes de empezar su obra de tanta responsabilidad, ofreciendo sacrificios e intercediendo ante Dios por el pueblo.

Puede ser que a veces nosotros pensamos en la preparación como algo que un pastor necesita, que un anciano necesita- pero yo soy cristiano “normal”, no voy a predicar ni pastorear- entonces, no tengo que prepararme. O pensamos, “claro que el pastor tiene más comunión con Dios que yo, porque ha estudiado más, es más preparado.” Si pensamos así, hemos caído, de cierta manera, en el mismo error de la iglesia católica romana, que ve a los sacerdotes y los obispos, etc., como especiales, como personas con más acceso a Dios debido al hecho de que tienen más preparación.

Pero no, cada creyente, sin excepción, ha sido preparado, ha sido consagrado a Dios en la salvación por la sangre de Cristo. Por eso, somos sacerdotes todos- hombres y mujeres, adultos y jóvenes- hemos sido consagrados y lavados. Tito 3:5 nos dice que Dios “nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por Su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo.” Hemos sido vestidos de nuevo- como la imagen de Josué el sumo sacerdote en el libro de Zacarías- Dios quitó su ropa sucia y le vistió con ropa de gala, con ropa nueva. En la salvación, Dios quita nuestra ropa sucia, nuestros trapos de inmundicia que son nuestros intentos a hacer buenas obras, y nos viste con la perfecta justicia de Su Hijo.

Hemos sido lavados con la sangre de Cristo- la sangre que es mejor que la de los animales, que no podían quitar el pecado, sino somos salvos con la sangre del Cordero que quita el pecado del mundo.

Es decir, todo lo que vemos simbolizado con los sacerdotes del Antiguo Testamento es lo que nosotros, sacerdotes de Dios, hemos recibido en nuestra salvación. Hemos sido lavados, vestidos de manera especial, consagrados con la sangre de Cristo- es decir, hemos sido salvos, y por eso podemos servir a nuestro Dios como Sus sacerdotes.

Y no es solamente el acto de la salvación, sino constantemente estamos siendo consagrados con el aceite de la unción, que simboliza la obra del Espíritu Santo en nosotros- recibimos gracia sobre gracia, somos confirmados y ungidos en Cristo, somos llenados con el Espíritu Santo para hacer la voluntad de Dios.

Entonces, vemos que hemos sido consagrados y preparados en nuestra salvación, solamente por la gracia y el amor de Dios- y ahora necesitamos seguir preparándonos, necesitamos ser constantemente perdonados por los pecados, constantemente apartados para la obra. Hemos sido preparados, en la salvación, y por eso, en la vida diaria, antes de acercarnos a Dios, tenemos que prepararnos- en privado, y en la iglesia, en la adoración pública- necesitamos venir con la debida preparación los domingos- una preparación el domingo en la mañana, una preparación el sábado en la noche, preparándonos toda la semana para que estemos listos para estar en la presencia de Dios con los demás sacerdotes los domingos, que es el día del Señor.

¿Tú eres un sacerdote ante Dios? ¿Has sido lavado por la sangre de Cristo? ¿Has sido consagrado al servicio de Cristo por medio de Su vida y muerte? Es decir, ¿has sido salvo? Fíjense en los versículos 6-8 de nuestro pasaje aquí en I Pedro 2 [LEER]. Para los que creen, Cristo es precioso, Él es nuestra roca, nuestro fundamento, y Él nos lava con Su sangre y nos perdona por nuestros pecados. Pero para los que no

creen, Él es la piedra de tropiezo, la roca que te hace caer, si eres desobediente a Él y le rechazas. ¿Eres un cristiano? ¿Has sido lavado con la sangre de Cristo?

Y cristiano, ¿reconoces la maravilla de lo que Dios ha hecho al lavarte por la sangre de Cristo y prepararte para ser Su sacerdote? ¿Estás siendo preparado constantemente en tu vida diaria? ¿Te preparas antes de acercarte a Dios en tu tiempo personal con Él? ¿Te preparas antes de venir a la iglesia los domingos? Eres un sacerdote- has sido preparado y consagrado, y necesitas seguir viviendo a la luz de estas grandes y preciosas verdades.

II. Somos sacerdotes en cuanto a nuestro acceso a Dios

Aquí es donde vemos tal vez la más importante relación entre el sacerdocio del Antiguo Testamento y nuestro sacerdocio como creyentes. En el Antiguo Testamento, solamente los sacerdotes tenían acceso directo a Dios, en el sentido de que solamente ellos podían entrar a la presencia de Dios- y solamente con sangre, solamente con la sangre de los sacrificios.

Tal vez no captamos esto como deberíamos, porque estamos tan acostumbrados a pensar en términos del Nuevo Testamento, y entender que podemos hablar con Dios cuando queramos, que podemos entrar a Su presencia y acercarnos confiadamente a Su trono de gracia.

Pero no siempre era así- en el Antiguo Testamento, la presencia de Dios moró de manera especial en el tabernáculo, y después en el templo. Y para acercarte a Dios, para entrar a Su presencia, necesitabas un mediador humano, un sacerdote. El judío “normal” no podía entrar a ciertas partes del templo para acercarse directamente con Dios y ofrecer su propio sacrificio- no podía.

Pero ahora es diferente- ahora, debido a la obra de Cristo, nosotros somos los hijos de Dios y un sacerdocio santo, un real sacerdocio- tenemos acceso a Dios. Podemos acercarnos a Él confiadamente- un judío no pudiera haber imaginado esto, porque siempre tenía que acercarse a Dios por medio de un sacerdote, y en mucho temor y siempre con un sacrificio en mano. Pero ahora no- Cristo se ha ofrecido a Sí mismo como sacrificio perfecto, una vez para siempre, y podemos tener ahora acceso a Dios.

Este cambio, entre la imposibilidad del acceso a Dios para la persona normal, y el actual acceso a Dios que todo creyente ahora tiene, es visto de manera clara en Mateo 27:51. Inmediatamente después de que Cristo murió, dice que “el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo.” ¿Deberíamos solamente pensar en esto como una cosa sobrenatural más que ocurrió durante la crucifixión de Cristo, o hay algo aquí más importante para considerar?

Este velo estaba en el templo, y separó la parte del templo que se llamó, el lugar santísimo, del resto del templo. El lugar santísimo era el lugar en donde la presencia de Dios se manifestó, y nadie podía entrar en esta parte, sino solamente el sumo sacerdote, solamente una vez al año, y solamente con sangre. Esto simboliza perfectamente lo que hemos visto- que en ese entonces no todos tenían acceso directo a Dios.

Pero cuando Cristo murió, el velo se rasgó de arriba abajo, simbolizando que Dios había quitado este obstáculo, que ahora todo ha cambiado, que debido a la muerte de Cristo y Su posición como el perfecto sumo sacerdote, ahora todos creyentes tienen el mismo acceso a Dios, todos pueden acercarse confiadamente a Dios por medio del sacrificio de Cristo.

Entonces, tenemos acceso individual con Dios, como cristianos- es decir, cada creyente puede acercarse a Dios individualmente, en privado, en el nombre y por los méritos de Cristo. Esto es lo que vemos en I Timoteo 2:5- que hay un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre. Leemos en Hebreos 4:14-16 que tenemos un gran sumo sacerdote, Jesús el Hijo de Dios, y por eso podemos acercarnos confiadamente al trono de gracia.

Obviamente, aun como creyentes, aun como sacerdotes, no merecemos este acceso, sino que podemos acercarnos a Dios puesto que hemos sido lavados en la sangre de Cristo y hemos sido vestidos con Su justicia perfecta. Cristo es nuestro mediador, Cristo nos da acceso a Su Padre.

¡Qué gran privilegio es para nosotros poder acercarnos a Dios, que tenemos acceso a Dios en oración! Podemos acercarnos “con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura”, como dice Hebreos 10:22.

Hermanos, necesitamos aprovechar este gran privilegio, y no tomarlo a la ligera, no menospreciar el poder de nuestro acceso a Dios, el poder de la oración. Un pastor y autor famoso, que se llama J.C. Ryle, una vez escribió, “Nada es demasiado grande, demasiado difícil, para la oración. Ha obtenido cosas que parecían imposibles y fuera del alcance. Ha vencido sobre el fuego, el aire, la tierra, y el agua. La oración abrió el Mar Rojo. La oración trajo agua de la roca y el pan del cielo. La oración hizo que el sol se detuvo. La oración trajo fuego del cielo sobre el sacrificio de Elías... La oración ha sanado el enfermo. La oración ha levantado la muerte. La oración ha conseguido la conversión de las almas.”

Por eso, cuando no usamos este privilegio de la oración, la consecuencia es el declive espiritual. Como dice el mismo autor, “la Biblia leída sin oración, sermones escuchados sin oración, matrimonios contratados sin oración, el acto diario de la oración privado apresurado o hecho sin el corazón, estos son los tipos de pasos hacia abajo por los cuales muchos cristianos descienden... Podemos estar seguros que muchos caen en privado mucho antes de que caigan en público.”

Necesitamos entender el gran, gran privilegio de nuestro acceso a Dios y aprovechar la bendición de la oración, que podemos acercarnos al Creador del universo y alabarle y pedirle por lo que necesitamos.

Pero hay más, en cuanto a este punto de nuestro acceso a Dios. Porque, en el Antiguo Testamento, ¿el sacerdote nada más disfrutó de su privilegio de acercarse a Dios en cuanto a su propia vida personal? Claro que no- el trabajo del sacerdote era representar al pueblo ante Dios. Y por supuesto, vemos un cambio entre el Antiguo y el Nuevo Testamento- porque si no, vamos a caer en el mismo error de la iglesia católica romana- el pastor no es el único con acceso a Dios, no existe un grupo de personas especiales con acceso especial a Dios, y los demás no.

Pero el hecho de que los sacerdotes del Antiguo Testamento hicieron su trabajo por y como representante del resto del pueblo, sí nos puede enseñar algo- que hay una parte pública y colectiva en cuanto a nuestro acceso a Dios como sacerdotes.

Los reformadores hablaron del sacerdocio de los creyentes- plural- no solamente el sacerdocio del creyente- aunque esto también es la verdad. Porque no somos cristianos que viven solos, aislados de los demás- formamos parte de un cuerpo, somos parte del cuerpo de Cristo, somos una familia en Cristo, y no

podemos pensar solamente en nuestro propio acceso a Dios, sino necesitamos pensar en cómo ser sacerdotes juntos con los demás, cómo adorar a Dios juntos como una nación de sacerdotes.

Un autor dijo, “Aunque cada sacerdote creyente es responsable a Dios como individuo, todos los sacerdotes creyentes están relacionados los unos con los otros como hermanos y hermanas en Cristo. Este aspecto comunal del sacerdocio de los creyentes resalta el hecho de que ser cristiano implica comunión con otros creyentes. Esta comunión funciona para animar y ayudar al creyente en su crecimiento cristiano y su ministerio. ¡Qué triste y difícil sería llevar la vida cristiana estando aislado de otros creyentes!” ¿Verdad?

Lutero enfatizó mucho que el sacerdocio de los creyentes nunca debería ser entendido como solamente un acceso personal a Dios, o un privilegio que un individuo disfruta, sino que cada cristiano debería acercarse a Dios en nombre de sus hermanos, y del mundo. Lutero, y los otros reformadores, creyeron mucho en la importancia de la comunidad de los santos, que el hecho de que cada creyente es un sacerdote no expresa un individualismo, sino un entendimiento del cuerpo de Cristo, y de nuestra necesidad de interceder los unos por los otros.

¿Tú eres un sacerdote ante Dios? ¿Disfrutas el privilegio de acceso personal con tu Dios? ¿Aprovechas la oportunidad de orar, de hablar con Él, o menosprecias este beneficio de tu salvación? ¿Disfrutas la comunión de los santos y la oportunidad de participar en la nación de sacerdotes, en el cuerpo de Cristo, o prefieres estar solo y aislado de los demás?

III. Somos sacerdotes en cuanto a la manera en la cual servimos a Dios

Esto tiene que ver con lo que apenas vimos, que no somos sacerdotes solamente para disfrutar un acceso privado con Dios, no solamente para acercarnos a Dios de manera personal, sino también para ser parte de esta nación de sacerdotes, para reflejar la gloria de Dios en todos lugares y servir junto con aquellos que son sacerdotes con nosotros. Porque podemos leer que los sacerdotes del Antiguo Testamento trabajaban para el pueblo, para el bien de todo el pueblo de Dios- servían para dar la gloria a Dios de manera pública y obvia- y esta es nuestra responsabilidad también. La pregunta es, ¿cómo lo podemos hacer? ¿Cómo podemos servir a Dios como Sus sacerdotes?

En primer lugar, por medio de ofrecer sacrificios. Nuestro texto habla específicamente de esta responsabilidad nuestra, en el versículo 5 [LEER]. Somos sacerdotes para con Dios, en parte, “para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.” Vemos esto en Romanos 12:1-2 [LEER]. Esta es la obra de un sacerdote- ofrecer sacrificios. Ahora no son sacrificios de animales, sino el sacrificio de nosotros mismos, espiritualmente. Ahora Dios no requiere muchos sacrificios de animales, sino el sacrificio diario de nuestros cuerpos, nuestros motivos, nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestros planes.

También ofrecemos sacrificios de alabanza, como dice Hebreos 13:15, y sacrificios de amor, como Dios nos ha amado. Vemos también, en I Pedro 2:9, que parte de nuestro servicio a Dios como sacerdotes es anunciar o proclamar las verdades de Dios [LEER]. Tenemos que ser luces brillantes en este mundo, dando testimonio de nuestro Dios y glorificándole en todo. Es lo que vimos cuando estudiamos que todo lo que hagamos es para la gloria de Dios. Glorificamos a Dios cuando anunciamos Sus virtudes a un mundo perdido y en necesidad de este Dios.

También servimos a Dios como sacerdotes cuando oramos e intercedemos por otros. Los sacerdotes del Antiguo Testamento intercedieron por la gente- y especialmente el sumo sacerdote lo hizo en el día de la expiación. Cristo, nuestro gran sumo sacerdote, intercede también por nosotros, y así nos da un ejemplo de cómo podemos actuar como sacerdotes de manera práctica en nuestras casas y en nuestra iglesia local- necesitamos enfocarnos en otros, y usar nuestro acceso a Dios cuando oramos e intercedemos por las necesidades de nuestros hermanos y hermanas en Cristo.

Y finalmente, para concluir esta parte de nuestro servicio a Dios como sacerdotes, necesitamos pensar mucho en nuestra responsabilidad de vivir vidas santas. Ya vimos que los sacerdotes fueron consagrados antes de iniciar su obra, y nosotros también hemos sido apartados para Dios en la salvación. Pero el vivir en santidad es un proceso, es una responsabilidad constante. En este mismo libro de I Pedro, en el capítulo 1 y el versículo 16 tenemos un mandamiento solemne de nuestro Dios- “sean santos, porque Yo soy santo.”

Aquí en nuestro pasaje en I Pedro 2, habla de nosotros como un sacerdocio santo. Y el contexto nos dice cómo lo podemos hacer. Veamos los versículos 1-2- necesitamos desechar toda malicia, todo engaño, toda hipocresía, todas las envidias, y todas las detracciones, y, en vez de vivir así, desear, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcamos para salvación.

¿Quieres ser santo? ¿Quieres vivir como sacerdote apartado y santo? Tienes que alimentarte en la Palabra- no solamente leerla, no solamente cumplir el deber de leerla una vez al día, sino desear recibirla, así como un bebé recién nacido desea, anhela, tiene que tener, la leche de su madre. Y cuando nos alimentamos de la Palabra, vamos a poder desechar estos pecados que Pedro menciona- vamos a poder actuar como describen los versículos 11-17- absteniéndonos de los deseos carnales, manteniendo un buen testimonio ante los incrédulos, sometiéndonos a toda institución humana como a superior, no usando nuestra libertad como pretexto para hacer lo malo- vamos a poder honrar a todos, amar a los hermanos, temer a Dios, honrar al presidente.

¿Tú eres un sacerdote ante Dios? ¿Ofreces diariamente el sacrificio de todo tu ser- tu cuerpo, tus deseos, tus actos, todo- para Dios? ¿Ofreces diariamente los sacrificios de la alabanza a Dios, el amor sacrificial, un buen testimonio a otros? ¿Anuncias las virtudes de Dios a un mundo impío? ¿Vives una vida santa, como parte de un sacerdocio santo?

Aplicación- Un entendimiento correcto, y una aplicación práctica, de esta verdad, del sacerdocio de los creyentes, es esencial para nuestras vidas. Hermanos, que no dependamos de los pastores, de los líderes, de la iglesia, para darnos acceso a Dios- o para darnos todas las respuestas que necesitamos- o para acercarse a Dios por nosotros. Cada creyente tiene el derecho- y la responsabilidad- de acercarse a Dios por sí mismo, porque cada creyente es un sacerdote.

Los pastores y los ancianos han sido designados por Dios para enseñar la iglesia lo que es la voluntad de Dios en Su Palabra, pero ellos no nos representan ante el trono celestial como hicieron los sacerdotes en el Antiguo Testamento. El sistema del sacerdocio de la iglesia católica romana está equivocado, y lastima y confunde y daña a la gente. No queremos caer en la misma trampa, no queremos depender del hombre para nuestro acceso a Dios, para las respuestas a nuestros problemas. ¡Tú eres un sacerdote de Dios! Cuando necesitas saber qué hacer en tu vida ¡tienes acceso a Dios! Cuando necesitas saber qué hacer en tu trabajo, en tu escuela, ¡tienes acceso a Dios! Cuando tu familiar o amigo está sufriendo, o está en pecado, y

necesita la oración y la intercesión, ¡tú tienes acceso a Dios! Cuando estás deprimido y confundido, ¡tienes acceso a Dios! Necesitamos maravillarnos de este gran privilegio, y usarlo- aprovecharlo- y pasar mucho tiempo con nuestro Dios.

Y junto con este beneficio viene sus responsabilidades- tienes las responsabilidades de un sacerdote también- necesitas vivir anunciando las virtudes de Cristo a un mundo incrédulo, necesitas orar, necesitas ofrecer los sacrificios espirituales que son aceptados ante Dios. Y no solamente de manera individual, sino de manera colectiva- en la comunidad de los sacerdotes, en la comunión de los santos, como parte de esta iglesia local.

Ante todo, damos gracias a Dios por Cristo, nuestro perfecto ejemplo, nuestro gran sumo sacerdote. Es solamente por Su sacrificio que podemos ofrecer nuestros sacrificios a Dios, y solamente por Su posición como gran sumo sacerdote que tenemos la capacidad de ser sacerdotes para Dios.

Preached in our church 11-12-17